

CAPITULO III

FORMACION DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA Y SU ELEVACION
Á GRAN POTENCIA

se presentó en Irlanda un tal Lamberto Simnel, que pretendió ser el hijo del duque de Clarence ejecutado por orden de Eduardo IV. Este aventurero reunió en poco tiempo un gran partido y obtuvo notables ventajas que inspiraron temor al gobierno; pero habiendo sido vencidos los nobles que le apoyaban, fue hecho prisionero y condenado á servir de pinche de cocina. Otro aventurero de gran talento fué Perkin Warbek, por otro nombre Pedro Osbek, natural de Tournay, que se hizo pasar por el hijo de Eduardo IV asesinado por Ricardo III, y que con un tejido habilísimo de mentiras y á favor de circunstancias casuales y favorabilísimas engañó con sus protectores y cómplices á muchísima gente, teniendo todo el país en agitacion durante años, hasta que fué vencido, hecho prisionero, encerrado en la Torre de Lóndres y finalmente ejecutado en 1499 á consecuencia de una nueva tentativa de sublevacion. Todo esto prueba cuán agitados estaban los ánimos, y cuán poco se necesitaba para volver á encender el fuego mal apagado de las pasiones políticas. Si Enrique VII logró mantener la paz interior y conservar el trono para sí y su dinastía, lo debió á su constante vigilancia y á su inflexible rigor para con los rebeldes reincidentes. El pueblo inglés se le mostró sinceramente agradecido, porque su gobierno, aunque duro y despótico, era todavía una bendicion comparado con la inseguridad general en la cual durante largos años se habia vivido. La nacion se sometió sin murmurar hasta al peso de las contribuciones excesivas que el codicioso Enrique VII exigía, y eso que en los últimos años de su reinado decretó el rey de su propia autoridad, sin el concurso del parlamento, impuestos y los cobró; prueba de que el parlamento habia perdido toda autoridad á los ojos de la nacion despues del servilismo que habia mostrado ante los usurpadores en la larga guerra civil.

Además de las bendiciones de la paz debió Inglaterra al gobierno riguroso del primer Tudor una union mas estrecha entre las diferentes partes del reino, pues siendo vástago de una familia de real abolengo del condado de Gales, fué renunciando este país á su particularismo, que tantos males habia causado á Inglaterra. A consecuencia del episodio del aventurero Simnel y de la sublevacion á que dió lugar, fué tambien la Irlanda mas intimamente ligada á la Inglaterra, y respecto de Escocia siguió Enrique VII la política de los Plantagenet, preparando gradualmente la union de ambos países, á cuyo fin casó á su hija Margarita con el rey de Escocia Jacobo IV. De esta manera se pudo esperar ver cesar la hostilidad entre Inglaterra y sus vecinas inmediatas. Supo Enrique VII enfrenar tambien hábilmente el humor belicoso del pueblo inglés, deseoso todavía de renovar la guerra en Francia, porque con su política extranjera obtuvo ventajas tan positivas que no pudieron menos de satisfacer el orgullo nacional. En efecto, en el conflicto entre Maximiliano y Francia sacó Inglaterra del primero concesiones importantes para el comercio inglés con Flandes, y del rey de Francia la indemnizacion de los gastos de guerra hechos á favor de la Bretaña, además del pago de una crecida subvencion anual. En resúmen, bajo el gobierno de Enrique Tudor se operó en la nacion inglesa un cambio benéfico; la nacion quedó libre del funesto predominio de los barones feudales y de sus humos belicosos, contiendas y sublevaciones, por manera que pudo dedicar en adelante todas sus fuerzas á las ocupaciones pacíficas á que convidaba la situacion y naturaleza del país. Vencido finalmente en Inglaterra el espíritu de la Edad media, ahogado en sangre, entró el país en la era política y económica moderna, en la era del orden social severo, duro, antipático, pero benéfico y á cuya sombra la nacion se levantó rápida y vigorosamente de su profundo abatimiento.

Hasta muy entrada la segunda mitad de la Edad media la península ibérica fué casi un mundo aparte, tanto bajo el punto de vista político, como bajo el de su civilizacion. A consecuencia de su situacion geográfica y de su aislamiento tomó solamente durante largo tiempo una parte mínima en la historia de las naciones occidentales, contribuyendo mucho á su vida separada la lucha secular del elemento cristiano contra el mahometano. Ambos elementos eran tan opuestos é incompatibles, que la poblacion, tan diferente entre sí no obstante su afinidad general, necesitó de todas sus fuerzas para reconocerse y sacudir el influjo mahometano que se le habia impuesto. El país ibérico en esta época de luchas acumuló fuerzas, como si intentara una vez dueño de sí dilatarlas extraordinariamente; y en efecto, las dilató con una energía tan grande que en pocos años alcanzó una posicion dominante, que con mucha mas razon y en sentido mucho mas elevado que el sacro imperio romano-germánico podia calificarse de imperio universal, porque se extendía hasta sobre el nuevo mundo recientemente descubierto allende los mares.

Desde la batalla del Guadalete en el año 711 dominaron en la mayor parte de la península ibérica los mahometanos; solo en las regiones montuosas del Norte se sostuvieron independientes, como dentro de un vasto campamento fortificado, los visigodos latinizados, que habiendo recobrado sus cualidades guerreras se levantaron y lucharon durante generaciones con aquel heroismo que es un rasgo especial del carácter nacional español. Al reino de Asturias, limitado con poca diferencia al Sur por el Duero y al Este y Norte por el Océano Atlántico, se asoció el pequeño reino de Navarra, situado entre el curso superior del Ebro y los Pirineos. Mas allá de Navarra, hácia el Este, se extendía al Sur de los Pirineos hasta el Mediterráneo la Marca española (1), cuyo extremo meridional se encontraba en la comarca de Barcelona. El resto de la península obedeció al principio á los Omníidas, los sucesores del califa Abderrahman, que residían en Córdoba y que amalgamando la civilizacion del Occidente con la del Oriente (2) produjeron un conjunto maravillosamente armonioso y elevaron su imperio á una altura brillante é incomparable, pues ningun otro país mahometano ó cristiano podia entonces compararse ni en industria y comercio, ni en artes y ciencias con el califato de Córdoba. Los pocos restos que de aquella civilizacion se han librado de las revueltas de los siglos tempestuosos posteriores y del ciego fanatismo destructor, dicen á la posteridad que este país jamás ha vuelto á alcanzar el estado floreciente y feliz de aquella época.

Mientras la mayor parte de la península sucumbía despues de un corto apogeo, como casi todos los países mahometanos, ante la influencia destructora inherente al mahometismo, desmembrándose en multitud de emiratos, cuyos jefes aprovecharon la creciente debilidad de los califas para hacerse independientes, los cristianos agrupados en el Norte se fueron extendiendo gradualmente hácia el Mediodía, fundando Estados pequeños, que á su vez se juntaron formando reinos, enemigos cada vez mas poderosos de los mahometanos.

A la defensa eficaz de la independencia de las regiones

(1) De Carlomagno se entiende, aunque el dominio de este emperador franco fué solo nominal é ilusorio. (N. del T.)

(2) Entiéndase la latina y la persa-arábiga.

montuosas de la Cantabria y de Asturias une la tradicion los nombres de los héroes Pelayo, noble godo, canonizado por la Iglesia, y el duque Pedro, descendiente de la familia real de Recaredo.

Treinta años aproximadamente despues de la batalla del Guadalete se unieron en un solo reino, el de Asturias, los territorios hasta entonces separados de Pelayo y del duque Pedro, casándose el hijo de éste, Alfonso I, con la hija de aquel. En la segunda mitad del siglo VIII una hambre general espantosa obligó á mahometanos y cristianos á suspender sus ataques. Mas hordas berberiscas que se habian establecido en las comarcas del Norte se retiraron entonces hácia el Sur, con lo cual quedó trasladada la línea divisoria entre el califato y el territorio cristiano aproximadamente del lado Oeste á la embocadura del Mondego, desde donde tomaba la direccion de Toledo para seguir desde allí el curso superior del Tajo en direccion Norte, tocando cerca de Tudela de Ebro y acabando cerca de Pamplona en los Pirineos. Pero como los astures no tenian entonces fuerza numérica bastante para ocupar el territorio abandonado por los bereberes y construir plazas fuertes tanto para la defensa contra los mahometanos como para servir de base á conquistas venideras, quedaron aquellos territorios sin habitantes ni cultivo. Mas adelante, contiendas interiores y divisiones del territorio les impidieron establecerse sólidamente en aquellos distritos; porque á principios del siglo X, á la muerte de Alfonso III, fué dividido el reino entre sus tres hijos, quedando el mayor, que heredó á Leon, como soberano feudal de los dos otros, que recibieron el uno las Asturias y el otro la Galicia. Este arreglo fué de corta duracion, porque en el año 914 se unió el reino de Leon á la Galicia, y ambos países fueron incorporados diez años despues al reino de Asturias. Aunque los tres reinos conservaron en adelante cierta independencia, los cristianos pudieron continuar su avance; en el año 923 conquistaron á Nájera, en la Rioja, y á consecuencia de la victoria alcanzada cerca de Alhandega en 5 de agosto de 939, se extendieron mas allá del Duero hasta Salamanca. En el curso de aquel siglo se hicieron independientes los gobernadores de la parte Sudoeste del reino de Leon, los condes de Castilla, á cuyo nuevo Estado, situado entre los cursos superiores del Duero y del Ebro, estaba destinado un gran porvenir. Sin embargo, por lo pronto en 1026, al extinguirse la casa condal, fué incorporado al reino de Navarra.

La Marca española formaba desde principios del siglo IX un condado, cuya capital era Barcelona. Su conde Vifredo el Velloso se hizo independiente cuando se desmembró el imperio de Carlomagno reinando Carlos el Gordo. En el curso del mismo siglo hicieron tambien independientes los condes de Aragon y de Ribagorza, cuyos Estados fueron agregados á principios del siglo XI al vecino reino de Navarra, que habia conservado intacto al través de los tiempos su carácter nacional primitivo. Gracias á la condicion montuosa del país, no habian llegado á someterlo completamente ni los francos ni los árabes, pero poco á poco los habitantes adoptaron la civilizacion del imperio franco. Desde la segunda mitad del siglo IX aparecen los vascos de Navarra gobernados por reyes, descendientes del duque Pedro de Cantabria, es decir, del rey visigodo Recaredo. A principios del siglo X empezaron á avanzar hácia el Mediodía pasando el Ebro, unas veces como aliados, otras como rivales de los asturianos, y particularmente de los castellanos, tomando la delantera á ambos hasta el punto de someterlos casi á su dominio. El reino de Navarra llegó á su apogeo en tiempo de su rey Sancho el Grande (970-1035), que conquistó en 1018 el condado de Ribagorza al Este, en 1026 la Castilla

al Sur, y al Oeste la parte de Leon situada entre los rios Pisuerga y Cea, ambos afluentes del Duero. A su muerte dividió Sancho su reino entre sus cuatro hijos, dando á Fernando la Castilla, á García la Navarra con el condado de Alava y la Rioja al Sur del Ebro, á Ramiro el Aragon y á Gonzalo Ribagorza. Esta division duró poco, porque Gonzalo murió en breve, quedando Ribagorza agregada á los Estados de Ramiro; en 1076 fué dividida la Navarra entre Aragon y Castilla, cuyo rey Fernando habia ya conquistado en 1037 en la batalla del valle de Tamara el reino de Leon y se tituló desde entonces rey de Castilla y de Leon. Cien años despues, en 1137, el conde de Barcelona adquirió el Aragon, bajo cuyo nombre fué comprendido todo el nuevo reino cayendo en desuso el nombre de Cataluña usado desde poco antes. Por aquel tiempo, en 1139, fué elevado á la categoría de reino el Portugal, que al principio, comprendiendo el país entre el Miño y el Mondego, fué un condado dependiente de Castilla y gobernado por Enrique de Borgoña, de la casa de Capeto, cuyo hijo y sucesor Alfonso I fué proclamado rey por su pueblo despues de su señalada victoria sobre los árabes cerca de Ourique, victoria que aumentó considerablemente el territorio del nuevo reino.

Mientras los Estados cristianos de la península se ensanchaban y consolidaban, fué perdiendo su importancia y fuerza el califato de Córdoba, destrozado por guerras interiores y contiendas entre pretendientes al trono, hasta que cesó de existir como imperio unido con la abdicacion de Hixam III en el año 1031 para ser botín de guerreros y capitanes ambiciosos árabes y bereberes, que se apoderaron de comarcas grandes ó pequeñas, segun sus fuerzas, y se hicieron reyezuelos independientes, facilitando así á los cristianos nuevos avances y nuevas conquistas. Estos cambios y vicisitudes constituyen la historia de la península durante los dos siglos siguientes. Los mahometanos, divididos y debilitados, recibieron al principio de esta larga lucha el poderoso auxilio de las salvajes hordas almoravides del Norte de Africa, que se hicieron amos de sus protegidos y dieron un nuevo y vigoroso impulso á la guerra contra los cristianos, inflamados del fanatismo que tambien dió nuevo vigor á los mahometanos de Oriente cuando sufrieron los primeros ataques de los cristianos al principio de la época de las cruzadas. En España se abrió con la llegada de los almoravides una era de luchas religiosas, en que ambas partes se cubrieron de gloria; y los primeros decenios sobre todo forman una verdadera epopeya de hechos de armas brillantísimos. El reino de Leon y Castilla figura en estas luchas á la cabeza de los Estados cristianos. Ya en el año 1085 Alfonso VI habia conquistado la antigua capital visigoda Toledo, pero entonces llegaron los almoravides á España é impidieron á aquel rey continuar su carrera victoriosa. A excepcion del emirato de Zaragoza, que conservó su independencia, toda la España mahometana fué reunida otra vez en un solo imperio y se renovó y aumentó su fuerza de resistencia á la expansion de los cristianos. Estos, no obstante algunos grandes descalabros, continuaron avanzando lentamente; por otra parte acabó tambien por embotarse la fuerza impetuosa y salvaje de los almoravides, que hubieron de reducirse á una penosa defensiva. En el Oeste avanzó al Sur el rey Alfonso I de Portugal, y en 1147, con el auxilio de guerreros que navegaban desde el Bajo Rhin hácia Palestina para tomar parte en la segunda cruzada, conquistó la ciudad de Lisboa, obstinadamente defendida por los mahometanos. En los cien años siguientes los portugueses extendieron su dominio desde el curso inferior del Tajo hasta el del Guadiana, llegando con la conquista del Algarbe hasta la costa meridional de la península.

En el Este iban ganando terreno los aragoneses, que se apoderaron en 1118 de Zaragoza, base excelente para sus conquistas ulteriores. Treinta años despues, en 1148, ganaron á Tortosa, y con esta plaza toda la cuenca del Ebro. Solo Castilla no avanzó, porque disturbios interiores y guerras largas de sucesion paralizaron sus empresas guerreras ó las hicieron infructuosas. Los brillantes hechos de armas de Rodrigo Diaz de Vivar, á quien sus compatriotas llaman el Cid Campeador y que con la conquista de Valencia en 1099 por poco anuló los triunfos de los almoravides, no tuvieron continuador, pero cantados en muchos romances fueron en adelante el ideal que los mejores caudillos del valiente pueblo español se esforzaron por alcanzar, sin igualarlo jamás.

A mediados del siglo XII recibieron los mahometanos un nuevo é inesperado auxilio que reanimó su resistencia y detuvo los progresos de los cristianos. Les llevó este auxilio la secta fanática de los almohades, ó sea los unitarios, que procedentes de los valles del Atlas acabaron con el dominio de los almoravides en Marruecos. Este suceso promovió de rechazo en casi toda la España mahometana, que gemia bajo la tiranía de los gobernadores, una sublevacion poco menos que general, que llamó á los almohades, los cuales pronto se enseñorearon de la mayor parte de la España mahometana. Durante estas luchas interiores entre los mahometanos hizo Alfonso VIII de Castilla (1127-1157) esfuerzos inútiles para extender sus conquistas, y á su muerte se desmembró su reino uniéndose Leon con Galicia y haciéndose independientes de Castilla, Asturias y Navarra con las provincias Vascongadas. Esto produjo muchas guerras interiores que impidieron toda accion comun contra los mahometanos, siendo poco menos que inútiles los esfuerzos del clero para restablecer entre los cristianos la paz y concordia y hacerles atacar unidos á los mahometanos, reforzados con los fanáticos almohades.

Para evitar ó anular los resultados funestos de estas contiendas interiores se echó mano tambien en España del recurso que poco antes habia comenzado á dar buenos frutos en la Tierra Santa, á saber, la fundacion de las órdenes eclesiástico-militares de caballeros que á imitacion de la de los templarios y de los de San Juan, debian por su instituto hacer la guerra á los infieles. Con este objeto fué fundada en 1158 la órden de Calatrava; en Portugal la de Evora; en 1175 la de Santiago y en 1176 la de Alcántara. A estas asociaciones de caballeros que recibieron de la Iglesia innumerables fueros y privilegios y cuyos dominios territoriales y rentas aumentaron tan rápidamente que en corto tiempo llegaron á ser verdaderas potencias políticas, se debió en España que los dominios de los Estados cristianos, no obstante sus largas contiendas de sucesion y guerras civiles, no experimentasen una reduccion sensible y que conservasen en general las conquistas territoriales hechas, si bien tuvieron grandes descalabros como el de la terrible jornada de Alarcos en 1195, que dió á los mahometanos casi toda la Castilla meridional hasta Toledo.

El siglo XIII trajo un cambio favorable á las armas cristianas. Una nueva sublevacion de los almoravides, expulsados casi enteramente del continente y reducidos á las Baleares, obligó á los almohades á defender su dominio en cruenta guerra contra los rebeldes, y á dejar así tiempo á los cristianos para reunir nuevas fuerzas. Así cuando el emir almohade Mohamed-el-Nasr volvió en 1211 á atacar la Castilla, acudieron al auxilio de ésta las órdenes de caballeros, los aragoneses y muchos cruzados de países extranjeros; y en la batalla de las Navas de Tolosa, en Sierra Morena, el 16 de julio de 1212, tomaron los cristianos su desquite de las últimas derrotas y dieron el golpe de gracia al dominio

de los almohades. Estos perecieron anegados en sangre entre traiciones y sublevaciones, formándose una multitud de pequeños Estados mahometanos que enemistados entre sí llamaron á menudo á su auxilio contra sus vecinos á los reyes cristianos, que al fin los arrollaron. La Castilla reunida en 1229 otra vez con Leon fué el Estado cristiano mas potente, y se posesionó en 1236 de Córdoba, la soberbia capital de los califas; en 1243 tomó á Murcia y en 1248 á Sevilla.

Granada, cuyos soberanos pagaban desde 1246 un tributo anual al rey de Castilla reconociéndose feudatarios suyos, conservó su existencia como Estado casi independiente dos siglos y medio mas, y por su naturaleza montuosa y su feracidad inagotable sirvió de refugio á los mahometanos que gradualmente fueron abandonando los territorios conquistados por los cristianos. A mediados del siglo XIII dominaba la Castilla hasta Gibraltar. El reino de Aragon habia extendido sus límites igualmente conquistando en 1233 las Baleares y en 1238 á Valencia. El rey Jaime I, á su muerte, en el año 1276, dividió su reino entre sus hijos, dando al menor, llamado Jaime, un reino formado de las Baleares, el Rosellon y la Cerdeña. El mayor, Pedro III, á quien los sicilianos elevaron al trono de su país despues de haber expulsado de la isla á los franceses, recibió el reino de Aragon; pero en 1344 quedó extinguida la rama menor y sus territorios pasaron á formar parte de este reino.

Al concluir la Edad media la Castilla comprendia todo el territorio desde el Océano Atlántico y las montañas de Asturias y Cantabria hasta Gibraltar, comprendiendo la Galicia, Asturias, Leon, las dos Castillas y Andalucía; mientras la parte occidental de la península estaba en poder del Portugal y la parte oriental hasta Valencia en poder del reino de Aragon. En el Mediodía de España á lo largo del Mediterráneo continuaba en poder de los mahometanos el reino de Granada, que encerraba en su capital un resto del dominio árabe, suficiente para mantener vivo el recuerdo de la esplendorosa civilizacion que aquel dominio habia dado á España; pero este último resto del poder árabe se mantuvo expuesto siempre, como el pequeño reino de Navarra enclavado en el Norte entre Castilla y Aragon, á ser presa de la codicia de sus dos potentísimos vecinos; solo que les faltaba unir á todos sus súbditos en un lazo nacional comun, cosa muy difícil á causa de las diferencias regionales de idioma y costumbres protegidas por las condiciones geográficas de las diferentes regiones, tanto que aun hoy se conservan grandes diferencias entre catalanes, aragoneses, castellanos y andaluces (1), y que explican las siempre vivas tendencias separatistas y federales de las diferentes regiones de España.

Sin embargo, todos los españoles tenian rasgos característicos comunes que tienen su explicacion en la historia comun del pueblo español. Luchando largos siglos por su fe religiosa habian adquirido un entusiasmo fanático por cuanto se roza con la religion, una excitacion apasionada, como otros pueblos solo la han sentido pasajera en algunos momentos especialísimos, por ejemplo los franceses en tiempo de la primera cruzada; pero en los españoles habia llegado á ser esta pasion por su religion un rasgo permanente, pues siendo ya por sí ardientes, belicosos y caballerescos, se habia enardecido toda su índole natural hasta un extremo nunca visto en la larguísima lucha contra sus adversarios orientales; y este rasgo ha influido mucho en la historia política de la nacion. El espíritu caballeresco, el consiguiente sentimiento de la dignidad personal y de la

(1) Sin embargo de estas diferencias, todos tienen á orgullo llamarse españoles. (N. del T.)

independencia y libertad penetraron en el ánimo de la nacion y se manifestaron en todos los actos de su vida hasta en la política interior y exterior, lo cual ha impreso un sello especial no solo al carácter nacional sino hasta á las creaciones políticas españolas. Estos rasgos generales y fundamentales se manifiestan segun las condiciones regionales de diferente manera, y esto ha sido mas de una vez un gran obstáculo en la marcha política del país, al paso que imprime á la nacion española el carácter de diversidad que tan grande encanto le presta. Contribuyen á esta diversidad condiciones especiales económicas y por tanto sociales, como por ejemplo las que han influido en el carácter catalán á consecuencia del activo comercio terrestre y marítimo cuyo centro fué Barcelona, carácter diferente del antiguo aragonés, formado en la escuela feudal-aristocrático-clerical, é igualmente diverso del valenciano, resultado de la mezcla de conquistadores cristianos y de labradores árabes. Esta mezcla, bajo el clima ya semi-oriental de Valencia, produjo una poblacion movible, inquieta y en política inconstante; pero como ni el carácter aristocrático y religioso de los adalides aragoneses, ni el independiente y orgulloso de los comerciantes catalanes, ni el democrático de los valencianos estaban dispuestos á someterse á un régimen rigurosamente monárquico, resultó de estas circunstancias en el reino de Aragon una organizacion política que puede compararse con la constitucion inglesa basada sobre la *Magna charta*, solo que sobrepujaba mucho á ésta en claridad y precision del principio político que le sirve de base como en su desenvolvimiento consiguiente, y hasta puede decirse que la constitucion aragonesa es la única creacion política de la Edad media que puede compararse con las constituciones políticas modernas.

Los descendientes de las familias que tenian su abolengo en la época visigoda y habian tomado parte durante largas generaciones en la lucha contra los mahometanos formaban como una casta aristocrática que se mantenía rigurosamente separada del resto de la nacion y se distinguía por dilatados dominios territoriales que tenian dados en feudo á muchos vasallos, sometidos á su jurisdiccion; y como gozaban además de otros muchos privilegios honoríficos, pueden compararse muy bien con los príncipes electores de Alemania. Estos señores, que en Aragon (1) se designaban con el nombre significativo de «ricos-hombres», dejaban al rey solo una preeminencia honorífica, por lo cual consideraban su posicion relativa como efecto de un pacto que violado por una de las partes no obligaba ya á la otra, y faltando el rey á la obligacion que le imponía el pacto, quedaban desligados tambien los otros pactantes de su fidelidad hacia el rey. Como en otros países, trabajaron tambien los reyes de España para despojar á los nobles de su posicion poderosa y someterles mas y mas á la autoridad del soberano, ya creando y dotando ricamente una nobleza nueva de personas distinguidas y adictas, ya estableciendo en sus dominios nobles extranjeros, que acudían en gran número y en todos tiempos para tomar parte en las guerras contra los infieles; pero á todos estos nobles consideraba la aristocracia antigua como de clase inferior, lo que no impedía que tambien los nobles de esta clase hicieran frecuentemente causa comun con la nobleza antigua contra el rey, y las guerras de sucesion y otras contiendas interiores que destruyeron especialmente en el siglo XIV el Aragon y la Castilla aumentaron el poder de la nobleza en frente de la corona. El rey entonces tuvo que reconocer á los nobles el derecho de formar federaciones ó ligas, que en efecto han tenido en

(1) Y en toda España.

(N. del T.)

la historia de estos Estados una influencia desastrosa. La nobleza baja (los hidalgos) comprendia todos los hombres nacidos libres, bien que muchos de ellos eran vasallos de los grandes.

Muy temprano adquirió gran importancia en España la clase media urbana al lado de las dos clases de nobleza á las cuales se concedía cierta preeminencia en la era de las guerras contra los mahometanos. Comarcas enteras y ciudades recibieron fueros y una organizacion mas ó menos autonómica, que condujo á cierta participacion en el gobierno del país. Ya en el siglo XIII las ciudades enviaban representantes á las cortes ó parlamentos de la comarca ó provincia y del reino, segun su grado de autonomia. Antiguamente solo se sentaban en las cortes el clero, tanto episcopal como parroquial, y la nobleza alta y baja; pero pronto se agregaron á estos los representantes de las ciudades, que constituyeron un elemento importante, y no pocas veces decisivo; y con la ampliacion de las cortes se amplificaron tambien sus atribuciones y tareas, que además de la concesion de prestaciones extraordinarias consistian en la de los impuestos ordinarios y luego en la participacion en la legislacion, hasta en la vigilancia y censura de la administracion del país y de los actos del mismo rey. El trono perdió á consecuencia de esto muchas de sus atribuciones y prerogativas, que pasaron á las cortes, las cuales mas adelante pudieron hasta reunirse sin ser convocadas por el rey. Las ciudades formaron entre sí ligas, llamadas hermandades, y que fueron en un todo semejantes á las ligas de las ciudades alemanas en el siglo XIII; la primera liga que se conoce la formaron en Castilla las ciudades de Escalona, Segovia, Avila y Palencia en el año 1200. El objeto de esta liga era, como el de la que hicieron despues las ciudades de Alemania, Hamburgo y Lubeck, el mantenimiento de la tranquilidad y el órden en los respectivos dominios, y principalmente la seguridad del tráfico contra los ataques de forajidos y en especial de los nobles. Por esto prosperaron y se mantuvieron estas ligas mas tiempo en las comarcas fronterizas, donde la seguridad estaba mas comprometida, tanto del lado de Portugal como del mahometano. En el trascurso del tiempo estas ligas defensivas adquirieron gran importancia en Castilla y fueron el apoyo principal de la corona á mediados del siglo XIV, cuando la corona trató de aumentar su poder en frente de la nobleza y del clero, demasiado poderosos. Con el apoyo de las ciudades, en 1344 el rey Alfonso XI de Castilla (1312-1350) pudo introducir en sus Estados la alcabala, impuesto gravoso, pero muy productivo, empleado en los Estados mahometanos, y la estableció con autorizacion de las cortes á pesar de la actitud desfavorable de la nobleza y del clero. Con los productos de este impuesto pudo el rey llevar á cabo la gran campaña contra los mahometanos que acabó con la conquista de Algeciras. En recompensa de su apoyo concedió Alfonso XI á diez y siete ciudades el derecho de hacerse representar en las cortes particulares y generales por dos diputados (ó procuradores) cada una.

No obstante, las cortes no pudieron impedir que en tiempo de Pedro el Cruel (1350-1369) hiciera la desgracia del país una sañuda guerra de sucesion entre Pedro, apoyado por Inglaterra, y su hermano Enrique de Trastámara, apoyado por Francia. Enrique reinó desde 1369 hasta 1379 y su hijo y sucesor Juan I, desde 1379 hasta 1390. Juan I penetró imprudentemente en Portugal, lo cual le costó en 1385 la terrible derrota de Aljubarrota, que expuso al país á ser presa del extranjero, porque á consecuencia de ella el heredero de la corona de Castilla se casó con la hija del duque de Lancaster, aliado del rey de Portugal. Durante un largo período estuvo el país destrozado por luchas interiores, du-